





Encuentro Literario

Recuerdo y valoración de Oreste Plath

Ser, quehacer y modo de realización conforman una comunidad trinitaria indisoluble en toda vida humana, pero con mayor evidencia se revela su sentido unitario cuando aquella sostiene y manifiesta la tarea cotidiana de quien vuela en ella el máximo de sus posibilidades, límanse éstas talento, pasión, ahondamiento y paciencia, rasgos que, en el caso de nuestro hoy y siempre recordado Oreste Plath, alcanzaron calidades de excepción.

¿Qué hace a una persona volver sobre sus pasos, o bien, decidirse a tentar nuevos rumbos cuando, como fue su caso, se había iniciado en la literatura con auspicioso porvenir?

Quizás, sin saberlo, un parente suyo, Luis Delauney, le amplió horizontes y horizontes de Chile al invitarlo a la dirección de la revista "Nautius", órgano de comunicación de la Marina Mercante. A partir de entonces, promediando los años treinta, Oreste Plath desplegaría sus caminatas y viajes, en número no inferior a 35 veces, por nuestro país. Su trahumancia física y mental le convirtió en hombre inquieto. Debía andar, indagar, tocar el mundo, escucharlo, reproducir connotaciones del alma como las mil y una manifestaciones genuinas de un pueblo.

Probablemente su andariego labor nació con él, ya que durante su infancia, vivió en Bolivia y Argentina, posteriormente fue becario en Río de Janeiro, en 1943, además de otros viajes que realizó, por motivos de trabajo, en Europa.

Como aquellos personajes legendarios, sus periplos a lo largo del país lo conocieron de aprendizajes y de pruebas que hubo de sortear, con imaginación y fortaleza, porque el valeroso que buscaba no era otro que el alma de Chile.

No existe inquietud sin que ella haga del movimiento físico o mental - su aliado. Frecuentemente, el inquieto es un inconformista, por demás nada reventado a dejar comodidades y fáciles expectativas con tal de administrar remedio, emprender itinerarios y enfrentar desafíos. El inconformista es aquel que vive más allá de la hora canchra. Pero, como en toda categoría humana, algunos hacen de sus desajustes un resquebrajamiento del recuerdo, en cambio, otros entregan el mucho más de sus vidas por el inextinguible galardón de una verdad clarificada, de una fisonomía más nítida de la realidad o de una versión más justipreciada de aquella porción de existencia sobre la cual se inclinan.

Esta segunda clase de inconformistas son aquellas personas a quienes transforma la pasión generosa, los sueños encadenados de proyectos, el ansia de aurora que aprende a olvidar fracasos y preferencias, porque la realidad que indagan o pretenden crear rebasa, en mucho, el pequeño apéndice o la contrariedad en que declinan los mediocres.

Oreste Plath trabajó mucho, pero simultáneamente fue hombre capaz de afecto espontáneo y perseverante. Sometido a pruebas exigentes del vivir, fue todo "un queredor", como se autodenominó: en una palabra, alguien en quien lo vivo tuvo mucho más albergue que la paralizadora y autoverfente amargura. ¿No es esa capacidad ejercitada por él como un tema, una te puesta en la existencia a pesar de todo, la razón más importante de la virtud de su quehacer? En él, la tarea de Chile era materia de estudio, de rescate, de divulgación.

Gustó de todo: comidas, vestuario, habla, creencias, geografías. A cada una rindió el vívido tributo de lo que es verdad, belleza y vinculación expresiva, inclinándose sobre la tierra o apostrojando su oído a la palabra de los informantes. La rural y lo urbano chilenos confluían en libros interesantes y amenos.

Pero su labor no se vino únicamente a entusiasmo de complacer. En Oreste Plath el trabajo de Chile fue aprender y enseñar involucrados. Metódico en sus investigaciones, honrado en el uso y acudido de fuentes, veraz en la entrega de sus materiales, todo ello fueron virtudes que culminaban o se

complementaban en la tertulia amena, en las miles de invitaciones que cursó en su vida.

En otro escrito me he referido al contenido y características de los principales libros que debemos a Oreste Plath. Como se sabe, publicó todos de literatura y de folclore. Se inició junto a Jacobo Danke, en 1929, cuando publicaron en Valparaíso, "Poemas". Años más tarde, 1936, apareció "Anda de espaldas", del mismo género poético del anterior.

Además, contribuyó a la difusión de nuestra lírica con sendas antologías: "Poetas y poesía de Chile", 1943, y "Lucimaga", selección dedicada a los niños, 1946. Siempre en el campo literario, dio a conocer una valiosa recopilación: "Alberto Rojas Jiménez se paseaba por el abito", 1955.

A la cultura popular pertenecen muchos libros y folletos. Recordamos aquí algunos: "La Armita Agrotaria folclórica", "Folclor Chileno", "Folclor religioso chileno", "Geografía del mito y la leyenda chilenos", "Lenguaje de los pájaros de Chile", "Folclor médico de Chile", recientemente reeditado por Editorial Grúballo, lo mismo que "Folclor lingüístico chileno", "Aproximación histórico-folclórica de los juegos de Chile".

El próximo año reaparecerá "Baraja de Chile", libro de tradiciones.

Durante este año de ausencia física del autor, su hijo Karen y algunas otras personas han desarrollado un ingente trabajo de ordenación de los materiales y libros dejados por Oreste, algunos de los cuales están presentes en las librerías.

Asimismo, se le han tributado algunos homenajes permanentes en la audición "Así es Chile", de Radio Minería, programa conducido por Raúl Palma Vera, el nombre de nuestro amigo figura en el sello cultural chileno y pronto lo levantará también la primera biblioteca dedicada a nuestro folclor.

Buen lector, no hizo de los libros letrados ni sucedáneos como quienes no saben o no quieren vivir de frente. Conoció a gran parte de los escritores chilenos de este siglo, pero desde el entusiasmo de quien sirve a los demás, comparte momentos significativos y les propia posibilidades. Les "¿Quién es quién en las letras chilenas?", otrora tres tomos, ascendieron a un número cercano de la cincuenta, y las revistas: "Gong", "Punto" y "Boletín Bibliográfico Literario" fueron tribunas que compartió.

Por eso, nada más ajeno de la dictería intelectual o premial, nuestro amigo fue agente de iniciativas culturales, un contador de casos, anécdotas y buen representante mimético de mucha gente.

Constancia, humor, generosidad, constituyeron algunas de las más importantes cualidades renovadas de las cenizas de las penas y las zozobras. Desde luego, tenía sus mañas y neologismos que, a más de algún desprevio, pudo parecer desaparecido o disconforme con la figura esbelta del señor "del gorro", como algunos le cariaban en sus andanzas por calles céntricas. De tal identificación - solía utilizar en invierno un gomo de piel - se la con alguna sorna, lo mismo que desconaba de ciertas dedicaciones en libros obsequiados por diversos autores, las que terminaba por amarrar de los volúmenes y, luego de leerlas en número suficiente, enviaba a empastar.

Libertino por excelencia, hizo de las cosas sus señoras y sabía desprenderse de ellas con soberanía de señor. Repetía y se jactaba de prescindir de automóvil, casa propia, coches en los zapatos y uso de reloj. No conocía otra militancia que trabajar con independencia.

Abominaba de componendas y repartía admiraciones al quehacer y recta actitud de personas simples de ideas, pero de conductas impecables. Lo escuché elevadas ponderaciones de Pedro Prado y Gabriela Mistral, por ejemplo, o reconocer las positivas labores de Amanda Labarca, Juvenal Hernández, don Roberto Hernández, entre otros.

Sus admiraciones fueron la mujer y el Pueblo. A este reconoció deberle lo que sabía, de la mujer sintió ese principio alentador que le llevaba a entusiasmar y a esgrimir su caballería y a picardía de consuno. Poco antes de fallecer, al referirse a una dama que lo visitara, luego de exigir alguna información sobre ella, me confió con ingenuidad: ¿Cree que llega alguna posibilidad?

America, esta vez que llevó a un establecimiento educacional cautivo al auditorio. Itela y hacía reír. A poco comenzar sus charlas la gente se incorporaba a los temas propuestos con esa naturalidad que se despierta cuando lo dicho corresponde al ser o al conocer genuinos. Mucho le ayudaba en esto la destilidad que imprimía a su habla. Vocativos tales como "anciano" o "besodromo" ejemplifican lo dicho.

Académico de la Lengua desde 1982, su aporte en la comisión de lexicografía mostró las cualidades ya dichas. Su vívido conocimiento fue garantía en el trabajo de matices y especificidades semánticas que enriquecieron el diccionario oficial y el futuro del habla chilena.

Pero no se crea que todo le fuera liviano en la vida. Le escuché recordos que asomaban lágrimas y regresaban corajales como si fueran presencias, porque cuántas lágrimas alararon vuelo de la memoria sensible. Pero a fuera de representación penas indelebles, inclínase la balanza del lado positivo. "No he tenido tiempo de envejecer", declaró a los ochenta años. "En la vida existen muchos momentos tristes, pero son más los buenos", solía decir.

De pronto planteaba el tema de su valor personal más íntimo. "He tratado de ser digno y honrado", confesaba. Más de una vez le respondí que su generosidad, su actitud responsable y su espíritu servicial: eran virtudes sólidas y que todo lo demás comería por cuenta de Dios misericordioso. Aunque le costaba aceptar, en un principio, su dedicación, subrayaba gratitudes y la posibilidad cada vez más débil de que morir no significara Chacabarro un acto de amoramiento ni clausura. Pero Oreste era siempre Oreste. Después de conversar con un sabio sacerdote, pudo brindar con el religioso.

Como expresara incommovible ternura y afecto por la memoria de su madre, de quien decía era "su ánima", su protección en los momentos más difíciles, de ese afecto de hijo me serví para convocar su presencia benéfica en las postmortalas tertulias de nuestro amigo, pues me fue concedido estar junto a él en el trance de despedirse, por fin, de la fugacidad y del sufrimiento. "Amigo Massone, tanto que demora la muerte", había dicho poco antes. La inmediata invocación a su madre y las plagarias dichas con grande afecto ayudaron a calmar el desasosiego y se dormió.

Lo dicho lleva impresa mi gratitud de haberle podido acompañar, tal vez de ayudar un poco a reconfortarlo, porque por muchos meritos puede sentirlo como una de las presencias más benéficas que se me han despedido hasta ahora, como un padre. Y eso es muy grande, es muy hondo, es muy fortalecedor en un mundo que vive el eclipse de una cronología, pero que sabe todo tráfago con zumbonas ideológicas y se complacía en diseminar neofías ilustradas y de las otras, porque acaso ha desvelado, en sus inepcias y espíritu de "Cambalache", eso que se llama convicción, afectividad y entrega, tres actitudes que sobrepasaron en Oreste Plath.

Oreste fue hombre de vida y esta existencia dejó en calidad de tal, como querla don Francisco de Quevedo, cuando escribió: "Morir vive es la última condena", y esa condena es la obra de quien no enlaza, el alma de Chile y reaparece en cada quien sabe coger su testimonio de trabajador literario.

Por Juan Antonio Massone

este reconoció deberle lo que sabía, de la mujer sintió ese principio alentador que le llevaba a entusiasmar y a esgrimir su caballería y a picardía de consuno. Poco antes de fallecer, al referirse a una dama que lo visitara, luego de exigir alguna información sobre ella, me confió con ingenuidad: ¿Cree que llega alguna posibilidad?

America, esta vez que llevó a un establecimiento educacional cautivo al auditorio. Itela y hacía reír. A poco comenzar sus charlas la gente se incorporaba a los temas propuestos con esa naturalidad que se despierta cuando lo dicho corresponde al ser o al conocer genuinos. Mucho le ayudaba en esto la destilidad que imprimía a su habla. Vocativos tales como "anciano" o "besodromo" ejemplifican lo dicho.

Académico de la Lengua desde 1982, su aporte en la comisión de lexicografía mostró las cualidades ya dichas. Su vívido conocimiento fue garantía en el trabajo de matices y especificidades semánticas que enriquecieron el diccionario oficial y el futuro del habla chilena.

Pero no se crea que todo le fuera liviano en la vida. Le escuché recordos que asomaban lágrimas y regresaban corajales como si fueran presencias, porque cuántas lágrimas alararon vuelo de la memoria sensible. Pero a fuera de representación penas indelebles, inclínase la balanza del lado positivo. "No he tenido tiempo de envejecer", declaró a los ochenta años. "En la vida existen muchos momentos tristes, pero son más los buenos", solía decir.

De pronto planteaba el tema de su valor personal más íntimo. "He tratado de ser digno y honrado", confesaba. Más de una vez le respondí que su generosidad, su actitud responsable y su espíritu servicial: eran virtudes sólidas y que todo lo demás comería por cuenta de Dios misericordioso. Aunque le costaba aceptar, en un principio, su dedicación, subrayaba gratitudes y la posibilidad cada vez más débil de que morir no significara Chacabarro un acto de amoramiento ni clausura. Pero Oreste era siempre Oreste. Después de conversar con un sabio sacerdote, pudo brindar con el religioso.

Como expresara incommovible ternura y afecto por la memoria de su madre, de quien decía era "su ánima", su protección en los momentos más difíciles, de ese afecto de hijo me serví para convocar su presencia benéfica en las postmortalas tertulias de nuestro amigo, pues me fue concedido estar junto a él en el trance de despedirse, por fin, de la fugacidad y del sufrimiento. "Amigo Massone, tanto que demora la muerte", había dicho poco antes. La inmediata invocación a su madre y las plagarias dichas con grande afecto ayudaron a calmar el desasosiego y se dormió.

Lo dicho lleva impresa mi gratitud de haberle podido acompañar, tal vez de ayudar un poco a reconfortarlo, porque por muchos meritos puede sentirlo como una de las presencias más benéficas que se me han despedido hasta ahora, como un padre. Y eso es muy grande, es muy hondo, es muy fortalecedor en un mundo que vive el eclipse de una cronología, pero que sabe todo tráfago con zumbonas ideológicas y se complacía en diseminar neofías ilustradas y de las otras, porque acaso ha desvelado, en sus inepcias y espíritu de "Cambalache", eso que se llama convicción, afectividad y entrega, tres actitudes que sobrepasaron en Oreste Plath.

Oreste fue hombre de vida y esta existencia dejó en calidad de tal, como querla don Francisco de Quevedo, cuando escribió: "Morir vive es la última condena", y esa condena es la obra de quien no enlaza, el alma de Chile y reaparece en cada quien sabe coger su testimonio de trabajador literario.

Por Juan Antonio Massone

Recuerdo y valoración de Oreste Plath [artículo] Juan Antonio Massone.

AUTORÍA

Massone, Juan Antonio, 1950-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recuerdo y valoración de Oreste Plath [artículo] Juan Antonio Massone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile